

LOS PROCESOS DE IDENTIFICACIÓN POLÍTICA: FANTASMAS Y ESTRATOS TEMPORALES

Autor: Sebastián Rigotti. DNI: 28.132.814. Contacto: seba_r9@hotmail.com

Institución: Universidad Nacional de Entre Ríos

Resumen:

Estas reflexiones están enmarcadas en el Proyecto de Investigación "Cultura, política y subjetividad: un estudio de caso" (PID 3132 FCE-UNER, dirigido por el Profesor Sergio Caletti y co-dirigido por la Magíster Carina Muñoz). La investigación reflexiona sobre la escena política del llamado "Conflicto del Campo" (2008), repensando la relación entre cultura y política para reconstruir los procesos de identificación.

A partir de esa relación es que podemos pensar que aquellos procesos existen en permanente reconfiguración, lo que posibilita tanto la emergencia de nuevas identidades como el afianzamiento de algunas ya existentes. Así pues, la escena política y las identidades políticas que en ella intervienen, son parte de un proceso cultural y político que está ligado a operaciones ideológicas e imaginarias, así como también, a la relación entre estratos temporales que se tensan en aquella escena.

En este trabajo esbozaremos algunas hipótesis acerca de cómo, por un lado, se entrelazan lo ideológico y lo imaginario, sirviéndonos de los aportes que las conclusiones del Proyecto de Investigación precedente y los avances del actual nos brindan.

Por otro lado, las hipótesis precedentes se pondrán en relación con preguntas acerca de la tensa relación entre pasado-presente-futuro y su relación con la escena política y las identidades en ella intervinientes y por ella reconocidas como tal. Este abanico de interrogantes procura enriquecer al anterior, dando cuenta de cómo los procesos de identificación emergen en situaciones históricas concretas.

Palabras Clave: Procesos de identificación – Fantasma - Estratos temporales

I. LO IDEOLÓGICO Y LO IMAGINARIO

“La política no constituye una excepción puesto que todo movimiento de un actor de un campo (discursos, decisiones públicas, programas, alianzas, etc.) provoca, como retorno, intervenciones de sus diversas categorías de adversarios. Ese trabajo de ‘marcación’ (en sentido deportivo) constituye el principio de innumerables tomas de posición que *conforman la historia del campo*, por medio de las cuales los protagonistas recuerdan su existencia y marcan su postura”.

Pierre Bourdieu

a. Relaciones de sentido, relaciones de significación y posición de sujeto

Avanzar en la reconstrucción de la relación entre *cultura* y *política* supone dar cuenta que son las relaciones culturales, y no solamente las reflexiones abstractas de la *ratio*, las que sirven de condición histórica de posibilidad para la emergencia de subjetividades que intervienen en el espacio político.

Partimos, pues, del Psicoanálisis para sostener que el sujeto está descentrado, esto es, que no es lo que él mismo se representa de sí. Es fundamental especificar que “El *descentramiento* involucra la definición de sí, pero también las relaciones que a partir de esta definición se asume con el mundo, relaciones entonces por definición **imaginarias**, a través de las cuales deambulará la **afectividad**” (Caletti, 2009:84). A partir de esta afirmación, podemos decir que el registro de lo imaginario abrió una senda que permite pensar el proceso de constitución de identidades en su conexión intrínseca con la afectividad.

En este punto es conveniente expresar la diferencia que establece nuestro Proyecto de Investigación entre la *significación* y el *sentido*: “La significación de las cosas existe con radical autonomía de la posición de sujeto. El sentido refiere en particular a lo que se produce desde y para una cierta posición de sujeto y que se establece en, por y a través de esta posición” (Caletti, 2009:140). La *vivencia*, al pertenecer por entero a la subjetividad, debe ser ubicada en la dimensión del sentido, las que pertenecen al registro de lo imaginario. Ahora bien, “Las relaciones de sentido escapan al *lógos*. No existen para ellas ni la contradicción ni la coherencia, ni lo universal ni lo particular, ni lo abstracto ni lo concreto. Existen sí, lo lejano y lo cercano, lo puntual y lo genérico, lo anhelado, lo temido, lo aborrecido” (Caletti, 2009:140-141). En otras palabras, para las

relaciones de sentido no son pertinentes las clasificaciones y las operaciones que sí realiza la razón (*lógos*). La vivencia (*Erlebnis*) de un sujeto bien puede constituirse en torno a aquello a lo que se le otorga una valoración específica y concreta.

Por un lado, y de acuerdo a lo expuesto, podemos sostener que “El dominio de lo imaginario transita, pues, relaciones de sentido. En ellas, el sujeto define su sí-mismo en el marco de la situación, y en la vinculación con los otros y con las cosas del mundo, y en relación al sí-mismo general que organiza su escucha. En ellas, el sujeto amasa la enunciación con la que tenderá a objetivar parcialmente estas relaciones de sentido y, a través de la enunciación, intervendrá en el campo del discurso para marcar (...) la significación de acuerdo a las regulaciones que éste le sugiere/impone. El “sujeto”, así, es una *posición de enunciación*” (Caletti, 2009:138), una posición que enuncia *vivencias*, es decir, aquellos enunciados que nos permiten rastrear de manera más concreta la vinculación afectiva con un soporte fantasmático que constituye los procesos de identificación. Las implicaciones entre las relaciones de significación y las de sentido conlleva a que podamos afirmar que el deseo y la afectividad son inescindibles de las relaciones de sentido, las que deben sostenerse en las relaciones de significación para poder continuarse en el tiempo.

Por otro lado, las relaciones de significación son aquellas por las que “(...) nuestra *afectividad* y deseo, uno mismo y el mundo advienen bajo la apariencia de lo tangible, designable, concebible (...). *Las relaciones de sentido aparecen así, por lo común, como una componente de las relaciones de significación, inextricablemente unidas a la significación en tanto ella esté pragmáticamente anclada*” (Caletti, 2009:140 –el subrayado es nuestro-). Las relaciones de sentido son aquellas que constituyen las condiciones de producción de intervenciones enunciativas, y, como se trata de relaciones ligadas al registro de lo imaginario, en aquellas intervenciones se juega la afectividad. Tenemos así un orden relacional específico, el que refiere a los acentos valorativos/afectivos que las intervenciones de los sujetos imprimen por medio de sus enunciados, de los que nos interesan específicamente las vivencias. El rastreo de la *afectividad* nos conducirá hacia la reconstrucción de un proto-relato, no reflexivo, que constituye identidades, es decir, el fantasma.

La enunciación es la operación del actor individual en cada superficie discursiva. El discurso está constituido por la transformación de actos de enunciación en enunciados y, consecuentemente, por las relaciones que entre ellos se establecen y la operación que borra el acto mismo de enunciación. De esta forma, el modo de funcionamiento del discurso oculta la intervención enunciativa y lo que ella implica. Sin embargo, “Solo por esta *desindividualización*, el discurso puede existir como una superficie productiva que plantea a los comunicantes haces de encadenamientos significantes. Sólo por esta desindividualización es en la superficie del discurso en la que se resuelve el campo entero de lo que las cosas presumiblemente son” (Caletti, 2009:120 y ss). Al mismo tiempo, la superficie discursiva tiene con las enunciaciones una relación dinámica, es decir, en todo momento los actos enunciativos están contribuyendo a modificar –a la vez que también reproducen- esas formaciones discursivas. Es importante considerar que no existe una disociación radical en la relación enunciación/superficie discursiva, como tampoco es posible que cada acto de enunciación reproduzca sin más los enunciados ya preexistentes en las superficie discursivas.

En este punto, debemos especificar que, por un lado, “(...) el acto de enunciación es más complejo que el enunciado, esto es *lo desborda*, y en algún sentido lo sobredetermina, en tanto añade los rasgos pragmáticos de significación propios de su proferirse. No sólo los paralingüísticos, los gestuales. También, por ejemplo, aquellos que de manera clásica se llaman *deícticos* (...)” (Caletti, 2009:120 y ss –el subrayado es nuestro-); y, por otro lado, si nuestras operaciones de enunciación sólo reprodujeran aquellos enunciados que son parte de la superficie discursiva, entonces no se produciría cambio alguno en las significaciones, lo que equivale a decir que no habría intervención política alguna, solamente “paz y administración”. Antes bien, debemos desmontar la operación por las que relaciones de fuerza trabajan sobre la superficie discursiva logrando que sólo consideremos la alternativa de la reproducción de los enunciados, lo que equivale al **decir ideológico** por excelencia.

b. Las operaciones ideológicas

Las operaciones imaginarias no son las únicas constitutivas del discurso. En él, las operaciones de la ideología se entrelazan con las primeras, hasta el punto de ser

solamente separables en términos analíticos. La ideología “(...) podría caracterizarse (...) por lo representacional, repetitivo, y destinado a implicar el orden de mundo que nos inscribe en sus términos. (...) El orden de lo imaginario ofrece el suelo y el horizonte del sentido en cuyas generales las representaciones establecerán articulaciones significantes eficaces” (Caletti, 2009: 98). Las operaciones ideológicas son aquellas que cristalizan y hacen aparecer como objetivos los resultados de las incesantes luchas de poder, que muestran equilibrio, estabilidad y transparencia sobre procesos de permanente desajuste, descalce y de gran complejidad, que borran las huellas y acentos valorativos de los procesos políticos. De esta manera, las significaciones se muestran como los nombres propios y naturales de aquello que designan; incluso esta operación de designación es resultado de aquella cristalización. Las operaciones ideológicas, pues, intentan mantener a las significaciones por fuera de cualquier tipo de cuestionamiento y, consecuentemente, de cualquier posible disputa. Sin embargo, sabemos que los intentos, si bien tienen un alto grado de efectividad, son eso, “intentos”. Los reajustes continuos que las luchas políticas suponen, son condición de posibilidad de *decir no*, de establecer relaciones antagónicas y de desacuerdo que pongan en cuestión las significaciones sociales que nos constituyen. Así pues, “(...) es frecuente que nuestra intervención enunciativa en la superficie de una formación discursiva esté destinada a introducir, marcar, enfatizar acentos” (Caletti, 2009:120 y ss). Esos *acentos* que nuestras intervenciones conllevan al discurso, instituyen marcas que los enunciados sostienen y reproducen. Las marcas, de esta manera, son huellas de las relaciones de fuerza que implican la lucha política por las significaciones.

Por supuesto, es claro que “Ninguna comunidad de discurso pone en tela de juicio todas las significaciones de su mundo de manera simultánea. Por ende, las operaciones ideológicas de estabilización pueden asemejar una suerte de acumulado de capas geológicas, donde algunas capas darán cuenta de estabilizaciones realizadas con tanta antigüedad como para parecer inmemoriales a los vivos” (Caletti, 2009:107).

La semejanza con “capas geológicas” acumuladas nos permite dar cuenta de la relación (ya kantianamente clásica) entre el espacio y el tiempo, en términos de cómo cada espacialidad es un resultado –y a la vez una instancia de condición- de la historia de las luchas políticas que cristalizan las significaciones. En otras palabras, la

espacialidad y la temporalidad deben pensarse en términos de una escena política resultante de una particular relación de estratos temporales.

c. El fantasma lacaniano y su importancia política

En una escena política intervienen determinados actores individuales que responden a determinados procesos de subjetivación, los que, a su vez, se sostienen en determinados fantasmas. El dispositivo fantasmático está vinculado a prácticas, discursos, instituciones, libros, diarios, fotos, etc., que se relacionan con el conflicto que constituye la escena política. Como todo dispositivo, el fantasma está constituido por un conjunto de elementos heterogéneos. Se trata “(...) de un no-consciente social, discernible por efecto de las configuraciones de colectivos de identidad. La identidad de un colectivo se organiza en torno de una trama más o menos común de *relaciones de sentido* que enhebra fragmentos de un relato no dicho ni concebido como tal pero que constituye una suerte de matriz que es condición y soporte de producción de una infinidad de operaciones de enunciación posibles. Llamaremos *fantasma* a este dispositivo, al tiempo que —lo subrayamos— ninguna criatura social-humana se identifica en un único colectivo” (Caletti, 2009:141).

El filósofo político griego Yannis Stavrakakis —a partir de Jacques Lacan— sostiene que “(...) el dominio de la fantasía¹ no pertenece al nivel individual; [sino que] la fantasía es una construcción que intenta, ante todo, recubrir la falta en el Otro. En tanto tal, pertenece al mundo social, está localizada del lado social, del lado del Otro, del Otro tachado” (Stavrakakis, 2008:85-86), invalidando así la división individuo/sociedad, presentándola como un obstáculo para la reflexión teórico-política. Esta división pertenece a una irreductibilidad metafísica que Lacan —entre otros— pone en tela de juicio: en lugar de pensar dos polos separados, individuo y sociedad, se trata de pensar las relaciones que intervienen en los procesos de constitución de identidades, quizás el problema político *par excellence*. Más bien, podemos sostener que “lo social” y “lo individual” tienen entre sí una *relación de extimidad*.

¹ Los traductores del texto *Lacan y lo político*, interpretan *fantasme* como “fantasía”. Nosotros vamos a trabajar con la traducción de *fantasme* como “fantasma”, tal y como se trabaja en *La izquierda lacaniana. Psicoanálisis, teoría, política*. Cf. Caletti, Sergio (2009), página 183, nota al pie número 184.

El fantasma pertenece al registro de *lo imaginario*, uno de los tres registros con lo que está anudada la psiquis en el nudo borromeo lacaniano; los otros dos registros son el *simbólico* y el *real*. El registro imaginario es aquel que traza una relación entre el *sujeto de la falta* –nivel simbólico- y aquello que permanece inaccesible al lenguaje –lo real-, estableciendo un “soporte” para sostener el sentido que la realidad tiene para los sujetos. En otras palabras, el deseo constitutivo del ser que habla –simbólico- de alcanzar el goce perdido –real-, es movilizado permanentemente por la promesa de alcanzar lo imposible –imaginario-. Esa promesa es mera ilusión, ya que es, por definición, incumplible.

Como el registro simbólico no puede constituirse por sí mismo, sino que precisa de la relación que el Nombre-del-Padre establece con la idílica relación madre-hijo para emerger, el sujeto del lenguaje es ya un sujeto constituido en relación: la función paterna-madre-hijo, por un lado; el lenguaje como producto social, por otro. La promesa de volver a la situación en que el Nombre-del-Padre, la Ley, no interviene en el idilio, es aquella que proporciona el fantasma. ¿De qué está constituida esa promesa? Esta promesa está constituida de los llamados *objets petit a*, aquellos objetos que el fantasma ofrece al *sujet de jouissance* para que este mantenga su deseo funcionando, es decir, para que se mantenga vivo. Aquellos *objets petit a* constituyen la promesa de completud, de acceder completamente a lo real del goce, a la unidad perdida –irrecuperable-, que el dispositivo fantasmático organiza en una escena de armonía, procurando evitar el momento de lo político, es decir, de las dislocaciones, de la negatividad creadora de nuevos procesos de constitución de identidades.

Es fundamental especificar que los *objets petit a* son parte de “la realidad” social y política: “Esta falta exige que la constitución de toda identidad se lleve a cabo mediante procesos de identificación con objetos socialmente disponibles, como las ideologías políticas, los patrones de consumo y los roles sociales” (Stavrakakis, 2010:47). Esta realidad está constituida por el registro *simbólico* -el lenguaje, las construcciones discursivas- y el soporte fantasmático de lo *imaginario*. Lo *real* es aquello que se reprime, aquello disruptivo del orden, que pugna por manifestarse. Para Stavrakakis es la manifestación de lo real la que provoca la emergencia del antagonismo constitutivo de lo político, que produce una dislocación en la escena que el soporte fantasmático

mantiene armónicamente, constituyendo así nuevos *objets petit a*, es decir, nuevas relaciones que posibilitan nuevos procesos de identificación.

Para que los procesos de identificación se afiancen, para que se continúen en el tiempo o para que cambien radicalmente, es necesario que las relaciones fantasmáticas que sostienen armoniosamente esos procesos de identificación tengan una raíz *afectiva* y no sólo racional: se “(...) requiere la movilización y estructuración del afecto y la *jouissance*” (Stavrakakis, 2010:193) para mantener cualquier vínculo social estructurado simbólicamente. En otras palabras, la constitución subjetiva se funda sobre la castración simbólica de la plenitud del goce (registro real) que se vuelve inaccesible, pero que, gracias al soporte fantasmático, se persigue interminablemente bajo promesa de cumplimiento en la forma de los *objets petit a*. Así pues, el fantasma establece una relación ilusoria pero que está afianzada afectivamente. Esta afectividad es la que acompaña la armonía fantasmática (la cara beatífica del fantasma) y el odio al enemigo que el fantasma instituye (la cara horrorosa y violenta del fantasma).

De esta manera, Stavrakakis sostiene que “(...) el aspecto simbólico de la motivación, de la identificación y el deseo no puede funcionar sin un soporte fantasma, y éste, a su vez –la promesa imaginaria que conlleva el fantasma-, no se sostiene sin un soporte real en la *jouissance* (parcial) del cuerpo” (Stavrakakis, 2010:274). Por lo tanto, cada dispositivo fantasmático social que posibilita la constitución de procesos de identificación, conlleva relaciones de afectividad, siendo éstas afectividades sociales. El fantasma intenta solucionar el malestar de la vida social, es decir, la imposibilidad constitutiva de una identidad plena y cerrada, reproduciendo el sistema del cual el malestar es constitutivo.

Es fundamental mencionar que los procesos de constitución de identidades siempre se sostienen en una relación de diferencia con otros, al tiempo que el dispositivo fantasmático, para mantener la promesa del goce completo, es decir, para mantener el deseo, constituye un antagonista, un “chivo expiatorio”, aquel que impide el acceso a ese goce completo. Este antagonista se vuelve “el enemigo”, aquel al que, en una relación que trasciende lo racional y se mueve en las vísceras, se busca destruir. Siguiendo a Stavrakakis si “(...) siempre hay un escenario fantasma que organiza y sostiene la multiplicidad aparente de la identidad, además de estipular las `reglas de

engranaje` entre sus diferentes niveles en un mapeo que otorga prioridad a modos particulares de goce, a ciertos componentes y puntos nodales (*point de capiton*) libidinalmente investidos, y no a otros, que quedan en la periferia estructural y emocional” (Stavrakakis, 2010:246), si siempre existe el soporte armónico de escenas no conflictivas pero que construyen un enemigo, entonces siempre va a existir la relación antagonica, que es constitutiva de *lo político*.

Por lo tanto, si los registros Simbólico e Imaginario están unidos y constituyen la realidad –siguiendo a Stavrakakis, “lo Real” supone las condiciones que interrumpen la armonía de “la realidad”-, entonces el lenguaje y el fantasma constituyen socialmente los procesos de identificación a partir del antagonismo que la emergencia de lo Real hace nacer.

II. LOS ESTRATOS TEMPORALES

“Modificar el pasado no es modificar un solo hecho; es anular sus consecuencias que tienden a ser infinitas”.

Jorge Luis Borges, “La otra muerte”, en *El Aleph*.

“Las concepciones de cambio implican concepciones de la continuidad”.

Peter Burke, *Historia y teoría social*.

a. Espacio público y el momento de *lo político*

¿Qué sucede cuando la lógica de la planificación se despliega a través de dispositivos de control? El instituto del sondeo y la administración significan lo que existe como aquello que está dis-puesto, es decir, realizan una operación técnica, que calcula en base a un resultado ya sabido por anticipado, que naturaliza aquello que existe y lo sustrae de la lucha histórica por las significaciones. Es la constitución histórico-social la que desaparece, es decir, los estratos del tiempo, dejando esa tensión política -que se anuda en el espacio público de todo tiempo presente- disuelta gracias a la predicción y el anticipo de aquello por decir. Esta lógica que busca pre-decir y anticipar supone que sabe/conoce aquello que pre-dice y anticipa.

Las operaciones de reconocimiento que implica el espacio público -y que hacen posible un decir político- son operaciones comunicativas. Estas suponen una alteridad,

una diferencia entre los códigos de aquellos que dicen y aquellos que escuchan. Esa diferencia entre los códigos hace posible que la (re)significación nunca pueda más que darse en los intercambios comunicativos, los cuales son imposibles de pre-decirse, ya que se dirimen en las relaciones comunicativas concretas e históricas.

La lógica de la planificación considera aquellos intercambios comunicativos como transmisiones de datos, es decir, como información que va de un punto a otro. La transmisión de información entre dos puntos supone que ambos comparten un mismo código y, por lo tanto, es posible conocer anticipadamente, pre-decir, aquello que va a ser dicho. El decir político desaparece en tanto los dispositivos de control operan estableciendo circuitos informativos y reproduciendo datos por todo el espacio público que, a raíz de este despliegue técnico, se vacía de pasado (re-significación) y de futuro (pro-yecto), volviéndose así un eterno presente donde se suceden temas y no se ponen en cuestión controversias/problemas. No hay natalidad sino la muerte en el desierto de la insignificancia.

Ahora bien, si el “Sujeto es lo que se instaura y actualiza como lugar de intersección entre esas distintas relaciones por una parte, y por la otra es el punto de partida de una intervención en la red de relaciones en las que, a su vez, se inscribe, intervención en los procesos sociales desde el punto de vista de una teoría de lo histórico-social. Lugar de intersección, punto de partida de procesos de intervención y, a la vez, lugar de apropiación, condensación y reelaboración de anteriores relaciones entre otras intervenciones y los procesos respectivos” (Caletti, 2009:86-87 –el subrayado es nuestro-), entonces es en el espacio público donde confluyen los distintos estratos temporales que lo constituyen, porque posibilitan las posiciones de sujeto y las relaciones entre las mismas. Una identidad política existe siempre en relación con otras. Pero es la historia, los distintos estratos temporales que confluyen en ese espacio político, aquello que posibilita que las luchas, las posiciones, las relaciones se conformen de una determinada manera.

El momento de *lo político* es aquél en que, siguiendo a Stavrakakis, lo Real se manifiesta instituyendo relaciones antagónicas que quiebran el orden inestable del espacio público, así como de las identidades (relacionales) que en él intervienen; y, a

partir de ese antagonismo, se crea una *escena política* caracterizada por la constitución de nuevos procesos identificación cuya intervención supone la disputa por las significaciones. La escena política es, de esta forma, aquella en la cual se redefinen las relaciones políticas, aquella que marca una ruptura en la superficie relacional, a partir de intervenciones que ponen en cuestión las significaciones instituidas y naturalizadas. En otras palabras, la escena política visibiliza las construcciones sociales y políticas como resultado de luchas históricas.

De esta manera, los procesos de cambio y de afianzamiento de las identidades están ligados a ese momento de “ruptura” de lo político -en el cual las relaciones se modifican-, y a la disponibilidad de los *objets petit a* del entramado cultural que supone el espacio público.

b. Estratos temporales y dispositivos fantasmáticos

En este punto, las consideraciones sobre la constitución histórica del espacio público, de la escena política y de los procesos de identificación, requieren algunas pistas. No se trata de suponer una linealidad histórica ni un progreso indefinido, sino de pensar que las distinciones entre la continuidad y el cambio se apoyan en aquellos presupuestos. Nos dice el pensador alemán Reinhart Koselleck que “Remitir a la historia humana, política y social, y a la estructura histórica permite separar analíticamente diferentes niveles temporales en los que se mueven las personas, se desarrollan los acontecimientos o se averiguan sus presupuestos de larga duración” (Koselleck, 2001:35). Así pues, la propuesta de Koselleck de los estratos temporales permite escapar a la comprensión del tiempo en términos de la oposición entre linealidad y circularidad, dando cuenta de la complejidad que los tiempos históricos suponen, los cuales constan de estratos temporales en continua remitencia entre ellos.

El pensador alemán identifica a la unicidad, a las estructuras de repetición (cambio) y a los fenómenos trascendentes (duración) como estratos temporales; los cuales, por su parte, deben ser pensados a partir de la temporalización de las tres dimensiones del tiempo –pasado, presente y futuro- y las (tres) combinaciones que ellas posibilitan. De esta manera, se puede “(...) concebir formalmente todas las determinaciones históricas

del tiempo sin estar atrapados en la confusión de conceptos como historia del tiempo presente” (Koselleck, 2001:116).

Koselleck sostiene que existen estructuras objetivas que *limitan y posibilitan el arco de decisiones*. Podemos comenzar nombrando aquellas (1) **posibilidades de repetición que abarcan distancias temporales equivalentes a varias generaciones**, que se modifican continuamente aunque de manera a veces no perceptible o registrable en la inmediatez de la memoria, pero que continúan existiendo. A éstas, el historiador alemán las caracteriza como “trascendentes”, por rebasar límites generacionales y no por ser a-históricas (en el sentido kantiano). Se trata de “actitudes arcaicas”, tales como las creencias religiosas, que persisten en la inasibilidad del presente concreto como una parte constitutiva de él, aunque modificada a lo largo del devenir. Otro estrato temporal lo conforman aquellas (2) **estructuras de repetición a mediano plazo**, que también mutan y sufren modificaciones. Son experiencias acumuladas que, aunque no puedan estar presentes en la memoria inmediatamente consciente, están relativamente cercanas a nuestra propia historia vivida. Estas son, conjuntamente con las mencionadas en primera instancia, las condiciones históricas de posibilidad del estrato temporal más inmediato a la experiencia, (3) **el tiempo presente**. Este tiempo presente se caracteriza por la unicidad del cambio, ya que lo percibimos y/o tenemos una experiencia más patente del mismo. El acontecimiento que la unicidad del cambio supone, solamente es posible dentro de ciertos marcos históricos de posibilidad. En palabras del mismo Koselleck, “Cada historia incuestionablemente única esconde en sí estructuras que la posibilitan, procesos dentro de espacios de juego limitados que se modifican con una velocidad distinta de la de los acontecimientos” (Koselleck, 2001:82)”. Este análisis de Koselleck nos ayuda a arrojar luz sobre la célebre frase utilizada por Karl Marx al comienzo del *El dieciocho Brumario*².

Nuestro punto de partida es que los procesos de construcción de identidades

² “Los hombres hacen su propia historia, pero no lo hacen a su libre arbitrio, bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, sino bajo aquellas circunstancias con que se encuentran directamente, que existen y les han sido legadas por el pasado. La tradición de todas las generaciones muertas oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos”, en Marx, Karl. *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*. 1852.

descansan sobre “bases” culturales, las que ahora precisamos son constituidas históricamente. El dispositivo fantasmático está formado por elementos heterogéneos que, en vistas a un objetivo específico, son relacionados para atender al mismo. La categoría misma de dispositivo, al referirse a relaciones entre elementos heterogéneos que no existen previamente (como presupone la “estructura” o el “sistema”), tiene como punto de partida una constitución histórica. Específicamente, los dispositivos fantasmáticos ponen a jugar relaciones diversas que ligan al “sujeto” a significaciones formadas a partir de diversas temporalidades, lo que implica decir, que el fantasma traza relaciones que son constitutivas afectiva y significativamente del sujeto.

Así pues, el soporte fantasmático de cada “sujeto de la falta” precisa de *objets petit a* para establecer una relación imaginaria que haga posible los procesos de identificación. Son éstos también productos históricos, cuya significación está enmarcada en aquellos estratos de los que hablábamos. Koselleck nos brinda un ejemplo: “El *cambio* puede igualmente establecerse como el tránsito *desde un pasado pasado a un presente pasado* (piénsese por ejemplo en las instituciones feudales y su disolución en el curso de la secularización o en la liberación de los agricultores) o *desde el futuro pasado de mundos anteriores hasta nuestro pasado presente* (piénsese por ejemplo en las utopías de la Revolución Francesa, cuyas esperanzas todavía están presentes)” (:118-119). En estos ejemplos, el pensador alemán nos brinda claridad respecto de las tensiones que los estratos temporales hacen visibles, ya que las “instituciones” y las “utopías” –y no solamente las de los anteriores ejemplos citados-, poseen significaciones que obedecen disputas y valoraciones situadas en diferentes temporalidades. Las tensiones, de esta forma, están presentes en las relaciones imaginarias que se establecen entre el “sujeto de la falta” y los *objets petit a*: la “(...) falta exige que la constitución de toda identidad se lleve a cabo mediante procesos de identificación con objetos socialmente disponibles, como las ideologías políticas, los patrones de consumo y los roles sociales” (Stavrakakis, 2010:47).

Los *objets petit a* son provistos por el dispositivo fantasmático, a partir de “la realidad” social y política constituida históricamente. Es decir, las circunstancias históricas concretas son la condición de posibilidad de la existencia y disponibilidad de determinados *objets petit a*, lo que equivale a decir que los dispositivos fantasmáticos

que sostienen los procesos de identificación tienen características contingentes. De esta manera, pues, las identidades están en permanente inestabilidad, ya sea que se afiancen como que se transformen radicalmente.

Como dijimos, Koselleck sostiene que existen *estratos temporales* que se implican unos a otros, y que es en el tiempo presente donde el futuro y el pasado de “presentan”. El *futuro*, como la posibilidad de ser que se encuentra contenida en ese presente y soportado en el pasado; el *pasado*, que constituye el presente y al futuro, se vuelve un terreno de disputa en el que es posible re-escribir lo ya dicho para decir de otra forma y, consecuentemente, abrir mundos futuros. La posibilidad que el *decir político* implica alcanza a los tres estratos.

Resignificar el pasado puede reconfigurar el espacio público presente y contribuir (o no) a que emerjan procesos de identificación que establezcan una operación de reconocimiento con el pasado, logrando así una “continuidad”; como también puede ser que desde el presente se hagan posible las condiciones de emergencia de sujetos políticos que no tengan que ver o no realicen operaciones de identificación con un pasado; incluso, solamente puede tratarse de resignificaciones del pasado que afecten el tiempo presente pero que no contribuyan a ningún nuevo futuro.

No cabe duda, pues, de cómo los dispositivos fantasmáticos se constituyen históricamente. La emergencia de sujetos políticos en el espacio público de cada tiempo presente, depende de operaciones de apropiación/reconocimiento con el pasado a través de resignificaciones, así como depende de los proyectos a futuro que puedan plasmar y luchar por concretar. Los estudios de caso, pensamos, son análisis de resultados concretos que, parafraseando a Marx, obedecen a múltiples determinaciones históricas, que no son más que luchas por las significaciones cuyos sedimentos convergen y se despliegan en el entramado cultural del espacio público. La investigación de la dimensión histórica, si se nos permite denominarla así, es fundamental en los procesos de identificación.

BIBLIOGRAFÍA

_ CALETTI, Sergio (2006). “Decir, auto representación, sujetos. Tres notas para un debate sobre política (y comunicación)” en Revista *Versión. Estudios de comunicación y política*, N° 17, junio 2006, UAM Xochimilco, México. Páginas 19 a 78.

----- (2009). *Exploraciones (Discurso, política, subjetividad)* (inédito). Informe final de Proyecto de Investigación *Política, sujetos y comunicación: un acercamiento a la escena pública contemporánea*. Informe Final PID 3098. FCE, UNER.

_ EVANS, Dylan (1997). *Diccionario introductorio de psicoanálisis lacaniano*. Editorial Paidós, Buenos Aires (ed. or. 1996). Traducción de Jorge Piatigorsky.

_ GADAMER, Hans-Georg (2007). *Verdad y Método. Volúmenes I y II*. Ediciones Sígueme S.A.U., Salamanca, España, 12da. edición (ed. or. 1975). Traducción de Ana Agud Aparicio y Rafael de Agapito.

_ KOSELLECK, Reinhart y GADAMER, Hans-Georg (1997). *Historia y Hermenéutica*. Ediciones Paidós Ibérica S.A. e Instituto de Ciencias de la Educación de la Universidad Autónoma de Barcelona, Barcelona (ed. or. 1987). Traducción de Faustino Oncina.

_ KOSELLECK, Reinhart (2001). *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia*. Ediciones Paidós Ibérica S.A. e Instituto de Ciencias de la Educación de la Universidad Autónoma de Barcelona, Barcelona (ed. or. 2000). Traducción de Daniel Innerarity. Introducción de Elías Palti.

----- (2007). *Crítica y crisis. Un estudio sobre la patogénesis del mundo burgués*. Editorial Trotta y Universidad Autónoma de Madrid, Madrid (ed. or. 1959). Traducción de Rafael de la Vega y Jorge Pérez de Tudela.

_ MARX, Karl. *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*. (ed. or. 1852). Capturado de <http://www.marxists.org/espanol/m-e/1850s/brumaire/brum1.htm>.

_ SERCOVICH, Armando (1977). *El discurso, el psiquismo y el registro imaginario. Ensayos semióticos*. Ediciones Nueva Visión S. A. I. C., Colección Semiótica y Epistemología, Buenos Aires.

_ STAVRAKAKIS, Yannis (2008). *Lacan y lo político*. Prometeo Libros, Buenos Aires (ed. or. 2007). Traducción de Luis Barbieri y Martín Valiente.

_ STAVRAKAKIS, Yannis (2010). *La izquierda lacaniana. Psicoanálisis, teoría, política*. Fondo de Cultura Económica de Argentina SA, Buenos Aires (ed. or. 2007). Traducción de Lilia Mosconi.